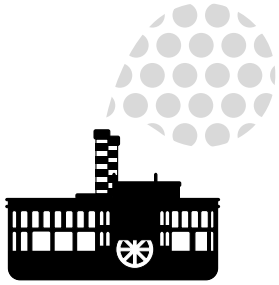
EL BARCO DE VAPOR

La historia de Iqbal

Francesco D'Adamo

Ilustraciones de **Pedro Moya**

sm



EL BARCO
DE VAPOR

La historia de Iqbal

Francesco D'Adamo

Ilustraciones de Pedro Moya
Traducción de Rosa Huguet

sm

LITERATURA**SM**•COM

Primera edición: noviembre de 2003
Vigésima tercera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Storia di Iqbal*
Traducción del italiano: Rosa Huguet

© del texto: Edizioni EL
San Dorligo della Valle (Trieste)
© de las ilustraciones: Pedro Moya, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8916-0
Depósito legal: M-9018-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Annarita.

Prólogo

No sé qué cara tenía Iqbal: las únicas fotografías que he encontrado, en los periódicos, eran oscuras y desenfocadas. En un artículo se leía: *No era muy alto*. Así que he intentado imaginármelo. Quizá lo he descrito más guapo, más valiente y con más coraje del que realmente tenía, pero ese es el destino que corresponde a los héroes.

El personaje de Fátima, sin embargo, lo he inventado yo. Pero estoy seguro de que Iqbal, tenía junto a él, entre los chicos y chicas que compartían su suerte, una chica como Fátima y también otros amigos, como Salman, María y el pequeño Alí. Si los queréis conocer, mirad a vuestro alrededor: están también aquí, entre nosotros. Hablad con ellos alguna vez.

He tenido que inventarme también Pakistán. Nunca he estado allí.

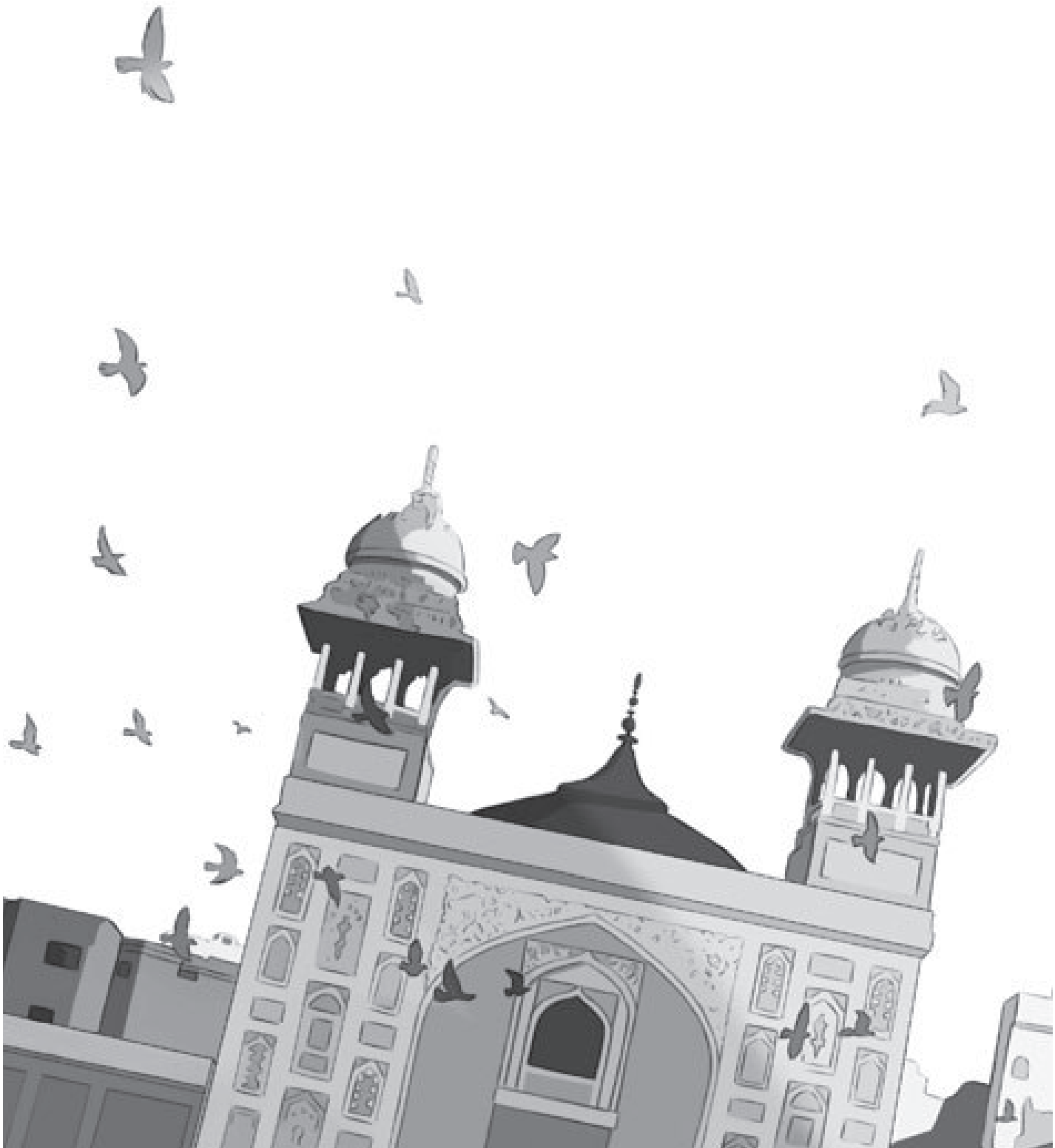
Pero, aparte de estos detalles, la historia que vais a leer es cierta. Los sucesos explicados en esta narración, todos, han acaecido realmente. Hasta los más desagradables.

Es una historia triste, me han dicho algunos.

No es verdad: es la historia de cómo se puede conquistar la libertad.

Y es una historia que continúa y que sigue todos los días. Incluso mientras vosotros estáis leyendo estas líneas.

Francesco D'Adamo



1

Sí. Yo conocí a Iqbal.

A menudo pienso en él, sobre todo por la noche cuando me desvelo porque tengo frío o porque estoy demasiado cansada para lograr dormirme. En la habitación, bajo tejado, donde nos hacen dormir nuestros patrones italianos, hay una ventana, extraña, abierta hacia arriba, hacia el cielo. No sé cómo la llamáis vosotros, en mi país no hay ventanas así. Pero aquí en Italia, es todo tan diferente de Pakistán...

Aún no me he acostumbrado a algunas cosas.

Esta ventana me gusta porque, a veces, cuando el cielo está limpio, a través de los cristales se ven las estrellas y hasta una parte de la luna. Las estrellas son lo único que veo aquí igual que en el lugar en que vivía, cerca de la ciudad de Lahore. Es verdad que las nuestras brillan un poco más, pero yo creo que las estrellas son iguales en todo el mundo y que resultan siempre un consuelo; si vives en un país extranjero, te sientes sola y te asalta la melancolía.

Tengo a dos de mis hermanos conmigo: Hasan, que es un poco más pequeño que yo, y Hamed, el mayor. Hasan trabaja para la misma familia que me ha acogido a mí y esto es una suerte. Son buenos patrones. Nunca nos tratan mal y no nos golpean como hacían los de Lahore. También el trabajo es menos duro: hago la limpieza, voy al mercado y estoy con los niños.

Esto es lo que más me gusta. Mi patrona tiene dos hijos, una niña y un niño. Son guapos, son limpios. Me quieren mucho y me dicen siempre: «Fátima, Fátima, ¡juega con nosotros!». Y cogemos todas las muñecas, los peluches y otros juguetes misteriosos y extraños, y jugamos. Los hay que tienen voz, los hay que se mueven solos y otros que tienen muchas luces de colores que se encienden y se apagan. Yo no los sé usar, no los había visto nunca y a veces casi me asustan. Al principio creía que eran cosa de magia y me daban miedo.

Los niños a veces pierden la paciencia y me dicen: «¡Uf, eres tonta, Fátima!». Yo aprendo enseguida y me pasaría los días jugando con ellos y descubriendo cosas nuevas, como si también yo fuese una niña. Pero de pronto llega la patrona y me dice: «Fátima, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar en la cocina?». Entonces yo me escapo deprisa cubriéndome la cara por la vergüenza, porque ahora tengo dieciséis años, quizá diecisiete, no lo sé bien, pero de todas maneras, soy una mujer adulta que debería estar casada hace tiempo y tener ya mis propios hijos.

En Pakistán los patrones no nos dejaban jugar, no había tiempo; debíamos estar siempre ante al telar, desde

el alba hasta el anochecer, todos los días. Pero yo me acuerdo de las cometas y de aquella vez que Iqbal y yo hicimos volar una, y de cómo nos emocionamos y fuimos felices al verla subir con el viento, siempre hacia arriba. Eso ocurrió antes de que él se marchara a aquel viaje suyo tan largo, hasta un lugar que se llama América.

«Cuando vuelva», me dijo, «haremos volar la cometa todos los días».

Sin embargo, eso no ha sucedido.

Me gustaría mostrarles la cometa a los hijos del ama, y nos divertiríamos. Pero no sé si lograríamos hacerla volar. En esta ciudad no hay espacio, ni viento, ni cielo azul. Se quedaría enganchada, temo, en alguna antena, hasta morir.

No sé qué hace Hamed, mi hermano mayor. Le vemos de vez en cuando, cuando los patrones nos conceden medio día de libertad. Hay una plaza donde nos encontramos todos los pakistaníes que ahora vivimos aquí. A decir verdad, no es una plaza bonita: hay solo tres bancos y unos cuantos árboles secos, y a menudo llueve. Pero no tenemos otro sitio adonde ir. Nos encontramos para charlar y reírnos; los hombres en una parte y las mujeres en otra. Para esas salidas, nosotras, las mujeres, nos ponemos el *purdah*, el velo que nos cubre la cabeza y parte de la cara; lo hacemos por pudor.

Hamed llega desde atrás, agita las manos, dice que debemos estar atentos, dice que pronto volveremos a casa, a nuestro país, cuando tengamos dinero suficiente. Pero él no tiene dinero nunca y muchas veces le tenemos que

prestar nosotros. Más de una vez he notado que su aliento huele a cerveza, y beber alcohol es pecado. Pero yo no le quiero juzgar, es mi hermano mayor, y además, imagino que será infeliz como todos nosotros. Tampoco sé si quiero volver a nuestro país: allí estaba mal y aquí no estoy bien.

Es cierto: aquí nadie me maltrata, no me hacen trabajar hasta caer desfallecida al suelo, no tengo las manos llenas de ampollas y de cortes que nadie cura y se infectan, aquí no soy una esclava. Aquí los patrones me dan de comer y un sitio para dormir, y también dinero. No me puedo quejar y les estoy agradecida.

Aquí soy libre, pero dice Hamed que si nos encuentran nos meterán en un campo con rejas, y luego nos echarán. Yo no lo sé. Quizá es por lo que siento cuando voy al mercado a comprar. Me pongo el *purdah* y cojo una bolsa. Voy andando con la cabeza baja. Hay muchas más cosas que en nuestros mercados, pero nada tiene tantos colores; todo es menos alegre. Tantos productos al principio me desconcertaban: no sabía qué eran y tampoco conocía su nombre. Los señalaba con el dedo: «Quiero tres o quiero cuatro». A veces me equivocaba y mi patrona se enfadaba. Ahora es más fácil.

Pero la verdad es que nadie me ve. No sé cómo explicarlo. Paso entre toda la gente que habla, que grita, que se saluda, y es como si yo fuera invisible. Nadie me dice ni una palabra. Me dan un golpe al pasar y nadie me pide perdón. Incluso a veces he pensado que me he convertido en un *jin*, uno de esos espíritus que no se ven y que se divierten rompiendo los vasos en casa y ha-

ciendo desaparecer los objetos. Yo camino y no existo. Me paro a mirar los puestos llenos de frutas y de verduras, y no estoy. Hago la compra y el comerciante me da las cosas, coge mi dinero, me da los cambios que yo enseguida compruebo para que no me engañen, y él mira a través de mí a las personas que están a mi espalda, y habla con ellos, ríe y bromea. Pero yo no estoy. Por eso me pongo triste por la noche en mi buhardilla. Y es en esos momentos cuando pienso en Iqbal. Pienso en él como si fuera mi esposo.

Ya sé que es un pensamiento estúpido. Son cosas de chica loca, susurros que suenan en mi oído y me hacen reír. No está bien pensar en cosas así. En mi país no es costumbre que una chica elija a su esposo. Es la familia la que lo decide y hace los tratos estableciendo la dote. Siempre ha sido así: en el caso de mi madre, y de la madre de mi madre, y eso es justo, probablemente.

Aquí es diferente. Cierto. Pero yo ya soy demasiado mayor para encontrar marido. Ninguno me querría.

Sin embargo, muchas noches que el cielo está frío y negro, y no se oyen ya los ruidos de la calle, y tengo los ojos abiertos a pesar de la oscuridad, quisiera llorar, pero no lo logro, y entonces sueño que Iqbal sube por el camino que lleva a casa de mis padres, junto con sus amigos y parientes, y está también Ehsan Khan, el hombre que fue su segundo padre, y van todos vestidos de fiesta.

Sueño que yo le espero en las habitaciones de las mujeres y que no debo mostrar la emoción que me atenaza el corazón. Voy vestida de rojo, como debe ir una

novia, y mis hermanas me han decorado las manos y los pies con motivos florales dibujados con henna oscura. Sueño que Iqbal entra en mi casa perfumada con flores e incienso y, delante de mis padres y de mis hermanos y de mis parientes, me toma por esposa, y nos vamos los dos juntos, libres.

Ya sé que solo es un sueño. Como una ilusión. Ya sé que Iqbal no puede volver a buscarme a este país incomprensible y extranjero. Y tampoco sé si me querría como esposa. A fin de cuentas, cinco años atrás éramos solamente unos niños.

Pero eso ha sido Iqbal para mí. Mi libertad. La única libertad, quizá, de mi vida. Así que puedo soñar. No hace mal a nadie.

Para él yo no era invisible. Yo existía.

Por eso, esta es la historia de Iqbal, como yo la conocí. Como yo la recuerdo.